Esperas

Llegué al aeropuerto con demasiada antelación. Descendí del autobús con una mochila, mi único equipaje, y miré el cielo recortado entre los edificios. La tarde todavía se estiraba con la despreocupación del verano. Me vino una bocanada de humo caliente y gasolina. Entre el azul y el rosado, adiviné las estelas difuminadas de los aviones, siempre encaminados al destino de otros, y me sobrevino una alegría infinita, efímera; hacia ningún lugar se alejaban todas las posibilidades de un instante. Una paloma se cruzó ante mis ojos. Se posó sobre un banco de hormigón y permaneció quieta, con su pecho gris e inflado, observándome. Sostuve su mirada durante unos segundos, lo justo como para no sentirme estúpida. Después, me dirigí a la entrada.

Cuando traspasé las puertas automáticas, algo pareció abalanzarse sobre mí. Me arrolló una fuerza extraña, una que se bifurcaba en mil cabezas y circulaba con pasos nerviosos, conducidos por el apremio. Un murmullo superior ahogaba aquel trasiego. Era el aeropuerto, me dije, que resoplaba cansado. Deambulé torpemente por el vestíbulo, esquivando bultos y maletas. No tardé en encontrar un monitor de «Salidas».

Bruselas. Puerta de embarque por anunciar.

Emprendí la marcha hacia el control de seguridad como si, de repente, tuviera prisa. Me apetecía inventarme un motivo por el que correr y empujar. Ya en la cola, me adelanté a las órdenes de inspección y empecé a quitarme los anillos, los pendientes, el cinturón; coloqué la mochila en una bandeja, en otra el neceser transparente con los líquidos, el cargador, la botella vaciada previamente. Contemplé mi propia diligencia y me desazonó como el prurito en la piel. Me daba rabia el acatamiento silencioso, mi tripa a reventar de agua, la desnudez de los objetos. Pensé en dejarme algo en los bolsillos a propósito, las llaves de casa, el móvil, no sé. Una de las vigilantes me preguntó que si transportaba algún dispositivo electrónico. Sí, claro, murmuré mientras lo depositaba complaciente. A quién quería engañar, la insurrección era otra cosa. Segundos después, había cruzado al otro lado sin problemas.

Allí la vida parecía suspendida en una cápsula del tiempo. Las personas caminaban errantes, se sentaban en butacas, en los asientos corridos, acababan tiradas por el suelo, atrincheradas junto al único enchufe de la pared, se incorporaban a largas filas de origen incierto, siempre atrapadas entre la espera y las vitrinas brillantes del *duty free*. Atravesé la zona de tiendas como una niña en el túnel submarino de un zoo, admirando los objetos luminosos e inalcanzables, con la cara pegada al cristal. Cuánto me entretuve, no lo sé; lo que sí sé es que el hambre me sacó de ahí. Busqué de nuevo una pantalla informativa y esta vez averigüé la puerta de embarque. B19, B19, B19, me repetía mientras avanzaba por un pasillo, B19, B19, como si la combinación se me pudiera olvidar.

No tardé en llegar a la sala de espera. Me senté de espaldas al mostrador de embarque, donde bullía el ajetreo de las azafatas, el crujido de las listas de pasajeros agitadas en el aire, las órdenes crispadas. Me fijé en una chica que aguardaba de pie, apoyada contra una columna y la cristalera. Era una Sherezade con tatuajes, corte de pelo a lo *curly bob* y manos finísimas que terminaban en uñas de gel. Sus dejos tecleaban mensajes a una velocidad vertiginosa y, a veces, sonreía.

En frente de mí, un hombre libraba una batalla contra su barriga y una encuesta que le habían entregado un poco antes. Suspiraba y gruñía y repasaba con el dedo una y otra vez las preguntas que le faltaban para terminar. Lo miré con una envidia sorprendente. A mí me hubiera encantado tener algo que rellenar. Rebusqué en mi mochila y saqué un boli. Lo destapé y me empecé a dibujar caritas sonrientes en el muslo de la pierna derecha, luego me dibujé un ojo hiperrealista a la altura de la rodilla, del que brotaban ramas intrincadas y hojas. Cuando me harté de perfilar tanto detalle, me puse a unir lunares con rayas, armando constelaciones ocultas en mi piel.

Entonces escuché unas voces bulliciosas que se acercaban. Alcé la vista y vi a un hombre ruidoso contando chistes a quien parecía su sobrino adolescente. Les seguían dos mujeres que charlaban animadamente, una de ellas con una pamela bajo el brazo. El último en aparecer fue un segundo hombre, alto y con gafas, que empujaba un carrito de bebé. Agarrada al manillar, caminaba una niña de unos seis años enganchada a una *tablet* con funda rosa. Todos se sentaron en los asientos libres a mi lado. El bebé, hasta entonces el miembro más discreto de la familia, comenzó a llorar como si le rajaran en dos. La tinta del boli se agrió y mis trazos se torcieron. El padre se levantó y cogió al bebé en brazos y empezó a mecerlo, pero nada parecía calmarlo. Aullaba como un animal herido. Detuve mi actividad artística y miré la hora. Fuera, la tarde también sangraba y las nubes se deshilachaban sin remedio.

La megafonía crujió y alguien anunció que se iniciaba el embarque. *Ferst clas, plis*. Varias personas a mi alrededor, como tocadas por una mano invisible, abandonaron sus asientos y se colocaron en la fila prioritaria. También la chica de las mil y unas noches pareció despertar de un sueño. Bloqueó el móvil para mirarse en el reflejo, se aireó los rizos con la mano que tenía libre y extendió el asa de la maleta. Pasó a mi lado sin mirarme.

Pronto convocaron a los pasajeros de segunda clase. La familia se revolvió como un enjambre amenazado. Ambas mujeres se pusieron de pie sin interrumpir su conversación y se sacudieron unas migas de la ropa. El padre tendió el bebé a una de ellas sin pronunciar palabra, arrancó la *tablet* de las manos de la niña y se dirigió hacia el mostrador con el carrito. El otro hombre soltó una bufonada y le dio una palmadita al chaval para que se levantara. Solo la niña permaneció sentada, con los brazos cruzados y pataleando. Un grito irritado la llamó y la niña se incorporó de mala gana. Sobre los asientos dejaron un extraño silencio y envoltorios arrugados.

La cola para embarcar era cada vez más larga. Me dio por mirar el móvil y, sin meterme en los chats, leí la vista previa de los mensajes.

«cuando aterrices avis...»

«alguien sabe a q h...»

«te voy a echar d...»

Entré en las conversaciones y escribí algo elaborado en algunos casos, en otros me limité a responder *okei;* a quién, ya no recuerdo.

El hombre de las encuestas se levantó trabajosamente, se remetió la camisa y se unió a los últimos rezagados. La sala se volvió amarilla y artificial. Una voz lanzó el último aviso. ¡*Last col, last col!* Tras el cristal, la noche relevaba a la tarde, surcada de farolas luminosas. Sentí que alguien se aproximaba por detrás y me tocaba en el hombro. La azafata me preguntó algo y negué con la cabeza. Volvió a insistir y sacudí la cabeza con más fuerza y, al fin, la mujer se retiró con un taconeo confuso. Entonces me tumbé a lo largo de los asientos y cerré los ojos. Pronto me sobrevoló el rugir de un motor despegando.